

SABER Y OPINAR

cultura de la elegancia frente a cultura de la sumisión

DESDE donde escribo diviso el rotundo horizonte castellano. Azulado unas veces, incendiado otras, incitante siempre. Desde lo que escribo también contemplo un complejo horizonte de memoria y expectación. Me ocupo del presente, ya lo saben, y necesito el pasado para comprenderlo, pero lo que me interesa más es descubrir en el presente la huella del futuro. ¿No es un despropósito hablar de huellas dejadas por lo que aún no existe? Lo sería si estuviéramos hablando de realidades físicas. No lo es si estamos tratando de la realidad humana, porque nosotros anticipamos el porvenir mediante los proyectos. Nuestras esperanzas y propósitos revierten sobre la actualidad descubriendo en ellas carencias y posibilidades. Estas son las huellas del futuro.



El Pensamiento de
José Antonio Marina



ME GUSTARÍA averiguar qué proyectos hay ahora en marcha, determinando nuestro porvenir, si hay un proyecto colectivo o si sólo hay proyectos personales, privados, de puertas para adentro. El pensamiento neoliberal, único al parecer vigente, nos dice que el mundo marchará de la mejor manera posible si cada cual se ocupa sólo de lo suyo. Una mano oculta hará que el esfuerzo por el beneficio privado redunde en beneficio público. Son bien conocidos los ejemplos simplificadoros que suelen aducir. "Si tenemos pan todos los días en las panaderías no se lo debemos a la benevolencia del panadero, sino a su afán por obtener un beneficio". Sin duda es verdad. Lo malo es que, por ese mismo razonamiento, tenemos minas personales, mafias organizadas, basura televisiva, redes de prostitución infantil, mangoneo informativo y muchas cosas más.

Los teóricos del neoliberalismo olvidan que Adam Smith escribió sus teorías dentro de una visión teológica de la realidad, en la que la Providencia divina era la garantía última de que todo acabaría bien. Un ultraliberalismo laico no sería de fiar ni siquiera para Smith. La búsqueda del propio beneficio sólo resultaría universalmente beneficiosa en el caso de una sociedad angélica, pero dudo que los ángeles se despepiten por conseguir su personal provecho.

Vuelvo al principio. Decía que me interesa descubrir las huellas del futuro. Creo que inventar proyectos, evaluarlos y realizarlos es la admirable tarea de la inteligencia creadora. Y creo también que necesitamos ser más inteligentes. A esta manera de pensar que enlaza la inteligencia con la acción, que anda preocupada por cómo elegir mejor, y que se empeña en diseñar el futuro, la llamo *ultramodernidad*.

¿Por qué la denomino así? Para hacer referencia a un debate todavía abierto en nuestra cultura. Por una parte, nos declaramos hijos de la *modernidad*, un modelo de cultura que surge con la Ilustración y que defiende la racionalidad, la universalidad de la ciencia y de la moral, el progreso indefinido y la historia única. Pero vivimos en un momento *posmoderno*, que desconfía de la racionalidad, defiende una visión esteticista del mundo, niega que hayamos progresado, y afirma la equivalencia de todas las culturas. Si la modernidad nos llevó a una

sobrevaloración de lo racional, la posmodernidad nos ha metido en un relativismo injustificado que está a un paso del escepticismo.

Al no haber resuelto este debate, vivimos de media anqueta, en una cultura cómoda de la que desconfiarnos, y protegidos por creencias que ni aceptamos del todo ni nos atrevemos a rechazar. La docilidad ante las modas aumenta conforme aumenta el consumo. Acabo de leer que 15.000 niñas han perseguido a los *Backstreet Boys* por Madrid; tengo una delirante colección de anéc-

dotas sobre las *Spice Girls* y las adolescentes, y compadezco a mis alumnas cuando miran con arrobos y desesperación a las modelos anoréxicas de las revistas. Los medios de comunicación sirven de intermediarios entre nosotros y la realidad, y comienza a decirse con demasiada frecuencia que la realidad no

*El pensamiento
posmoderno nos conduce
al limbo de las
equivalencias, donde
todos los gatos son pardos*

es más que una comunicación. Nuestra sociedad me parece satisfecha y vulnerable.

Leo los titulares de *L'Express*, un semanario nada sensacionalista: "Los verdaderos amos del mundo. Usted no lo sabe, pero su vida cotidiana depende de ellos". Busco con ansia los nombres de quienes me están organizando la vida: Andy Grove, el organizador del grupo farmacéutico Glaxo-Wellcome; Williams Crist, presidente de Calpers, un fondo americano de pensiones; Rem Ivanovitch Viakhirev, al frente del primer productor de gas del mundo, Gazprom; Juan Antonio Samaranch, de todos conocido; Bill Emmott, director de *The Economist*; Whitney MacMillan, presidente de Cargill, una multinacional alimentaria; Michael Eisner, presidente de Disney; Pierre Jeannot, director general de la Asociación Internacional del Transporte Aéreo; y Bill Roedy, presidente de MTV Internacional, un gigante de la música pop y de su difusión. Más que los

nombres concretos me interesan los sectores de influencia: tecnología, finanzas, energía, prensa, deporte/negocio/espectáculo, medios de comunicación, alimentación, transporte, comunicación. No hay políticos y, por supuesto, no figura ningún intelectual.

¿Tengo alguna razón para fiarme de esta gente? No. Bill Gates anda en plena campaña mundial para convencernos de que todas las escuelas tienen que conectarse a Internet, y acabará por hacernos olvidar que no es un pedagogo sino un hombre de negocios. ¿Puedo prescindir



dir de esos difusores de influencias? Tam-

poco. La situación parece sin salida. Sobre todo si acabamos por aceptar con un suspiro de resignación que así es el mundo y que no hay más cera que la que arde.

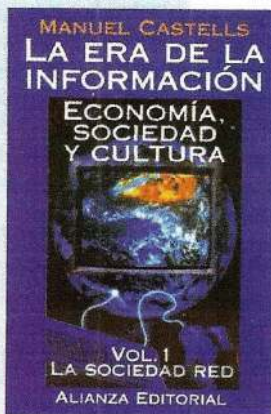
A PESAR de estar en los amenes de un siglo no me siento nada claudicante. Me arriesgo, pues, a proponer una solución: confiar en una inteligencia ultramoderna, crítica y trabajadora, desconfiada y entusiasta a la vez, decidida a elegir bien, capaz de venerar unas cuantas cosas admirables y a no tomarse en serio todas las demás, racional y poética, atenta a fuentes de satisfacción más inventivas y menos comerciales.

Se trata de sustituir la cultura de la sumisión por la cultura de la elegancia. Elegante es el que sabe elegir, el que no acepta el mangoneo, ni comulga con ruedas de molino, ni se licúa por estar a la moda, ni acepta consignas. El pensamiento posmoderno nos ha metido en el limbo de las equivalencias, donde todo vale igual y todos los gatos son pardos. La inteligencia ultramoderna nos tendría que meter en el terreno de las diferencias: cada gato es un mundo. No es verdad que no podamos justificar nues-

LIBRO

Acaba de publicarse el primer volumen de la obra *La era de la información*, titulado *La sociedad red*. Castells, sociólogo catalán, profesor desde hace años en la Universidad de California, en Berkeley, quiere analizar el mundo surgido en las postrimerías del siglo XX a

partir de procesos interrelacionados que constituyen una nueva era, la era de la información. Una sociedad se organiza en torno a procesos humanos estructurados por relaciones de producción, experiencia y poder. La explosión informacional está haciendo surgir una nueva estructura social, un mundo interdependiente donde se articulan la identidad cultural, la interconexión global y la política multidimensional. La tecnología aparece como principal protagonista de la historia. El autor advierte que los fundamentos teóricos sólo quedarán aclarados en el último volumen, de manera que reservo mi juicio para cuando aparezca.



La era de la información.
Manuel Castells. Alianza, 1997
390 páginas. 4.663 pesetas

INFORMACIÓN VERSUS VOLUNTAD

tras elecciones. No es verdad que no existan criterios de selección. Hay comportamientos buenos y malos, literatura buena y mala, pintura seria y pintura timadora, creencias sensatas y creencias injustificables.

¿Entonces es falso el dogma de la igualdad? Pues en unas cosas sí y en otras no. Nada hay más grosero que pensar al por mayor, metiendo todo en el mismo saco. No hay inteligencia sin crítica y no hay crítica sin análisis previo. Les pondré un ejemplo. Todos los años someto a mis alumnos a una prueba ligeramente maliciosa. Hago en clase una afirmación tajante: "No es verdad que todas las opiniones sean respetables". Luego les pregunto si creen que tengo razón. También voy a preguntárselo a ustedes, así que les ruego que dejen por un instante de leer y piensen su respuesta.

Mis alumnos suelen encrespase y decirme que esa afirmación es intolerante y va en contra del derecho a la libertad de opi-

ENTRAMOS en la sociedad del conocimiento y de la información. Lo que quiere decir que estos factores van a intervenir cada día con más vigor en el mundo económico y en los mecanismos del poder. ¿Cómo van a influir en la vida personal? No lo sé. La información no implica necesariamente una mejora de vida. Lo importante siguen siendo los proyectos que se construyan a partir de ese conocimiento. Frente a la red de información es necesaria una red de voluntades. El fenómeno de las ONG y sus voluntarios me parece la otra cara, activa y esperanzadora, de las redes informáticas. Estas viven en el espacio virtual, sin compromiso y sin apego; aquéllas viven en la realidad, en sus tragedias y en sus exigencias. El mundo de la información es indiferente a los valores. Las instrucciones para construir una bomba casera son información, y también lo son las proclamas racistas, los idearios de las sectas satánicas. Ni siquiera se libran de esta indefinición valorativa los claros datos de la ciencia. La ciencia vale igual para un roto que para un descosido, depende del uso que hagamos de ella. Así las cosas, frente al mundo fantasmal de la información, aplaudo el mundo real de la voluntad, que juzga, delibera, decide y realiza.

nión, que es uno de nuestros derechos fundamentales. ¿Y ustedes qué han contestado?

Mis alumnos no tienen razón. Han mezclado dos elementos que no pueden mezclarse sin producir una combinación explosiva. Toda persona que opina es respetable, pero eso no implica que el contenido de su opinión lo sea también. El derecho a la libertad de opinión garantiza la defensa, expresión e independencia de las propias ideas, pero no garantiza ni su sensatez ni su respetabilidad. Prohíbe meter en la cárcel a una persona porque defienda que el Sol gira alrededor de la Tierra, o que dos más dos son cinco. Lo que no quiere decir que proyecta la verdad de ambas afirmaciones.

Con mucha frecuencia oigo una expresión que se toma como la quintaesencia de la tolerancia y a mí me parece la quintaesencia de la mehez y de la incomunicación: "Respeto tu opinión aunque no la comparto". No. Le respeto a usted, pero su opinión me parece verdadera, falsa, confusa, clara, injusta, superficial, profunda, incomprendible, asesina, estimulante, etcétera, etcétera. No estoy diciendo nada nuevo. La filosofía nació en Grecia para mantener frente a la proliferación de las opiniones la seriedad de la justificación racional. Des-

pués de veinticinco siglos, hemos vuelto a la glorificación de la opinión espontánea.

Los políticos están colaborando a esta devaluación del discurso. En primer lugar, porque en el Parlamento nadie convence a nadie. Se ha llegado a la conclusión de que la única forma de convencer no es apelando a razones, sino satisfaciendo intereses. Segundo, porque todas las oposiciones se convierten en

Toda persona que opina es respetable, pero eso no implica que el contenido de su opinión lo sea también

negaciones, adoptando un tono catastrofista, irracional y falso. La inteligencia se hace grande cuando se rinde a la fuerza de la evidencia, venga de la realidad o de los argumentos ajenos. (Les confiaré

una secreta ilusión. Me gustaría que Montesquieu resucitara, porque tenía razón Alfonso Guerra al decir que había muerto. En este momento el poder legislativo y el ejecutivo apenas se distinguen. Sería magnífico que hubiera un Partido Parlamentario que tuviera como primera cláusula de su programa: *Este partido es estrictamente legislativo y se compromete a no gobernar nunca, es decir, a no convertirse nunca en ejecutivo*).

Me gustaría seguir con las explicaciones, pero ni estas páginas ni el tiempo dan más de sí. El mundo está complicado e interesante, lo que exige al filósofo ultramoderno trabajar más de lo que trabajan los filósofos posmodernos. Así que me despido. Me voy a estudiar.

